

Nicolasa era muy joven. La muerte de su padre la habría conmovido mas si la hubiera presenciado, y como hacia tiempo que no le veia, aquella ausencia eterna la afectó menos de lo que era de esperar, dado el amor que le tenia.

La muerte del marqués quedó envuelta en el misterio, no sabiéndose de ella más que lo que habia dicho Jacobo.

El marqués salió de noche con cuatro móviles a hacer un reconocimiento, y de repente cayó herido de un tiro que le atravesó el pecho.

Los móviles que le acompañaban no vieron á las fuerzas enemigas, de entre las cuales habia partido el tiro.

Hubo quien sospechó que el autor de la muerte habia sido un soldado de su mismo batallón, llamado Jacobo Kerandal, que asistió al reconocimiento.

Jacobe Kerandal era un bretón de aspecto salvaje y fuerzas hercúleas, que se habia dado á conocer en la guerra por su indomable valor: con la misma serenidad avanzaba hácia un hombre que hácia la boca de un cañon.

Jacobe Kerandal hizo cuatro ó cinco disparos á pretexto de que habia visto entre los árboles del camino un grupo de alemanes.

Uno de aquellos disparos se cree que puso fin á la vida del marqués.

Jacobe Kerandal, despues de hacer prodigios de

valor, forzó las líneas alemanas en las fronteras de Suiza, y creyendo que la campaña habia terminado, como terminó en efecto, atravesó á pie toda Francia y regresó Penhoet.

Su padre, gracias á la cartera de viaje, pagó poco á poco sus deudas, ocultando sagazmente su riqueza con la venta de parte de sus tierras y pidiendo nuevos plazos á sus acreedores.

Dos años despues, y cuando ya no debia nada, apareció una noche muerto en el bosque de Santa Gilda.

Cuando se encontró su cadáver, á los tres dias de su desaparicion de Penhoet, se dijo que habia muerto á consecuencia de la ruptura de un aneurisma.

La verdad es que se envenenó con digital para librarse de sus remordimientos.

A todas horas, de dia y de noche, veia la sombra de Noel Trelan con los ojos clavados en él como en el momento en que le extranguló para robarle.

Abramos un paréntesis de diez años y lleguemos á la época en que se desarrollan los acontecimientos que vamos á referir.

VIII

La suerte de las huérfanas

Una noche de los últimos dias de agosto de 1880

30563

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIV. DE MONTERREY
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Apto. 1825 MONTERREY, MEXICO

un hombre y una mujer, jóvenes ambos, salían del Hipodromo, cuya cúpula lanzaba torrentes de claridad que iluminaban todo el barrio del Trocadero.

Las calles próximas estaban llenas de carruajes y de curiosos paseándose por las aceras unos y otros formando grupos á las puertas de los cafés.

La orquesta mónstruo del Circo tocaba una polka, cuyo hermoso ritmo llenaba el espacio.

Un carruaje con dos caballos esperaba á los jóvenes.

—Subid, Juana, dijo el hombre.

—¿A dónde vamos?

—A cualquier parte, al bosque, donde querais. Es temprano para volver á casa.

La joven era alta y esbelta, y andaba contoneándose con la dejadez y el abandono proverbiales de las criollas.

Hizo un gesto de resignacion, se levantó el vestido y, poniendo el diminuto pié en el estribo, se dejó caer en el fondo del carruaje.

Su compañero se sentó á su lado y cogió las riendas de los caballos.

En el momento de partir el carruaje, se acercó al estribo un joven de bigotes rubios y fisonomía simpática, vestido á la última moda.

—¿A dónde van tan tarde los enamorados? dijo á la feliz pareja.

—Adonde nos lleve la casualidad.

—¿Y despues?

—Iré al Círculo.

—Llévame hasta allí, dijo el joven rubio tomando asiento en el carruaje antes de recibir la vénia para ello.

Y apenas sentado, dió rienda suelta á su verbosidad, clavando al descuido penetrantes miradas en el semblante de la graciosa morena.

Hemos dicho graciosa, pero en realidad merecia el nombre de encantadora.

La hermosura de Juana Trelan habia superado todas las esperanzas que hizo concebir cuando todavia era una niña; ojos brillantes, cabellos esplendidos, dientes de marfil, lábios de púrpura, y unia á todos estos encantos de mujer la distincion de una gran señora.

Su amante, porque evidentemente el lazo que los unia era un lazo ilícito, tenia el mismo color moreno pronunciado, la misma mirada de fuego y la misma expresion simpática y avasalladora.

Su levita abotonada hasta el cuello, y la roseta en carnada que brillaba en uno de sus ojales, le daban el aspecto de un oficial de caballería que habia ganado la cruz de la Legion de Honor, durante la guerra de 1870.

Roger de Ambarés, como todos los hijos de las familias que ostentaban un título, montaban bien á caballo, ó brillaban en la alta sociedad, habia vuelto á la guerra condecorado.

—Veo con placer que cada día estais mas enamorados, dijo el improvisado acompañante de nuestros dos jóvenes. Yo, francamente hablando, nunca hubiera creído que esta mariposilla, que Roger de Ambarés, estuviese tanto tiempo posada en una misma flor. ¡Dos años! Podeis estar orgullosa. Ninguna mujer ha conseguido lo que vos. Bien es verdad que tambien Roger debe estar orgulloso. No hay ninguna mujer como vos. Y naturalmente, nadie habla en París mas que de vuestros amores. Sólo hay una dama bastante osada para disputaros el corazon de Roger: la sota de copas. ¿Qué edad tienes, Roger?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Ahora lo sabrás.

—Debo tener ya treinta años.

—Sí Roger tiene treinta años, debe hacer lo menos veinte que adora las cartas. Es el jugador mas incorregible que conozco. Pero las cartas son peores que las mujeres. Tienen inconstancias diabólicas. Donde clavan las uñas arrancan la tajada.

Roger pisó discretamente á su amigo la punta del pié, pero su amigo no se dió por entendido y siguió explotando el mismo tema.

Tal vez lo hacia intencionalmente.

—Si yo, Máximo, marqués de Presle, me viera á dos pasos de la bancarrota, antes de sucumbir bajo los escombros de mi fortuna, buscaria una rica he-

redera con quien casarme. La perdonaria la fealdad.

—Tú, cuando juegas, ganas, dijo con cierta acritud Roger.

Juego poco, y si es verdad que gano, en otras cosas soy desgraciado.

—¿Desgraciado? preguntó la criolla.

—Afortunado en el juego... Ya sabeis el refran.

Al decir estas palabras clavó en Juana una mirada que equivalia á una declaracion.

—A propósito, Roger, añadió cambiando por fin de conversacion, ¿cuándo te vas?

—¿Pensais iros? preguntó Juana á su amante. No me habíais dicho nada...

—Pensaba decíroslo hoy mismo, contestó Roger visiblemente contrariado. Pero como el marqués se ha adelantado... Sí, Juana, voy á dejaros, pero sólo por unos cuantos dias. Tengo en Bretaña una tia, la marquesa de Fonterose, que me persigue hace muchos años con la pretension de que le haga una visita...

—Una viuda que está todavia de muy buen ver, observó el marqués de Presle...

—Una apergaminada, replicó Roger. Lo menos debe tener cuarenta años.

—Pero tiene una hija de veinte, repuso el marqués con manifiesta malignidad.

—Por mi prima no iría á Bretaña, contestó Roger.

—Pues harías mal. Es preciosa y tiene el dote de una princesa. Este detalle no es para olvidado.

—Siempre será una colegiala... Una hermosura de provincia. Buen color, buenas carnes... Una verdadera muñeca.

El marqués de Presle no se desconcertaba por nada.

—De esas colegialas y de esas muñecas se hacen las duquesas, repuso.

Juana se sentía tan contrariada como Roger, y no acertaba á explicarse el objeto de aquella conversacion.

Máximo de Pesle era el mejor amigo de Roger de Ambarés.

Desde que Juana era querida de Roger, por una série de circunstancias que mas tarde referiremos, Máximo tenía siempre un asiento en su mesa, en su carruaje y en su palco.

Sin hacerla la córte mas que en concep'to de un buen amigo, Máximo había fijado en Juana mas de una mirada de ternura y de compasion, cuando Roger, dejándose llevar de su entusiasmo amoroso, la juraba fidelidad eterna.

Juana, tambien en el paroxismo de la pasion, no había comprendido, ó no había querido comprender aquel lenguaje mudo.

Pero á la sazón, menos ciega, veía en las palabras del marqués una especie de revelacion.

Evidentemente se tramaba algo contra ella.

Máximo había hablado de matrimonio, y Máximo, que no era un aturdido como Roger, nunca hablaba por hablar.

—¿Habeís dicho que vuestra tia se llama la marquesa de Fonterose? preguntó Juana.

—Sí.

—¿Reside en Bretaña?

—Sí.

—¿En qué parte?

—¿Qué curiosa os vais haciendo! ¿Qué interés teneis en saberlo?

—¿Y vos, qué interés teneis en ocultármelo?

—Ninguno.

—Entonces, decídmelo.

—Hacia el lado de Vannes.

—¿Muy lejos?

—No. A algunas leguas de distancia. En un sitio medio salvaje.

—¿Qué se llama?...

—Santa Gilda de Las Landas.

—Gracias.

—El carruaje, despues de haber dado la vuelta á los lagos, descendió por la avenida de los Campos Elíseos, y tomando la calle Real y la de Tronchet, se detuvo en esta delante de un hotelito.

—Ya estais en vuestra casa, amiga mia, dijo el marqués.

—¿No entráis, Jorje? preguntó Juana.

—Me esperan en el Circulo. Tengo que arreglar algunos asuntos antes de partir.

—Entonces, hasta mañana.

—Sí, hasta mañana.

—Adios, Máximo. ¿Cuándo nos veremos?

Mañana vendré á almorzar, si me lo permitís.

—Sí, os espero.

Juana dió la mano á Roger, y sin volver la cabeza para mirarle, entró en el hotel inquieta y agitada.

El eco de las palabras del marqués de Presle resonaba todavía en sus oídos.

Eran una advertencia y una amenaza.

El marqués de Presle con sus ochenta mil libras de renta en buenas tierras, sus treinta años y su hotel en la calle de la Universidad, se creía el hombre mas feliz de la tierra.

Gallardo continente, fisonomía simpática, mucho talento, malicioso desde la punta de los cabellos hasta la punta de los piés, con una casa elegante y artísticamente amueblada, siempre con dinero disponible en los cajones de su mesa y en casa de su banquero, con todas sus cuentas liquidadas al día, con criados que no cambiaba nunca y con queridas que reemplazaba frecuentemente... hé aquí el retrato físico y moral del marqués de Presle:

Un detalle que merece consignarse.

Amaba á Juana, la deseaba ardientemente, pero no abusó nunca de la confianza que habia depositado en él Roger de Ambarés.

El tipo del marqués de Presle no es tan vulgar ni tan comun como parece á primera vista.

Las palabras que habian turbado tan profundamente la paz del corazon de Juana no habian sido pronunciadas sin un objeto determinado.

Quería prepararla para una desgracia que le parecia inminente y que, si el amor no fuera ciego, debia haber conocido hacia mucho tiempo.

Sin embargo, por ciertos síntomas, Juana habia presentido que, en la vida de Roger de Ambarés, pasaba algo extraordinario. De algun tiempo á aquella parte su carácter se habia agriado; la menor contrariedad le encolerizaba; cada día su tristeza y su abatimiento eran mayores, y cuando Juana le preguntaba qué tenia, contestaba invariablemente: nada.

Era indudable que en la vida de Roger habia un secreto, y como Juana no podia dudar de su amor, acabó por creer que estaria apurado de dinero.

Roger vivia en la calle de Aguesseau en una anti-gua y suntuosa casa heredada de sus padres.

El hotel que habia alquilado para Juana era pequeño, pero estaba amueblado con riqueza y con gusto.

Sólamente en París existen estos nidos de amor donde todo admira y seduce, y donde se goza del mismo bienestar, despues del cansancio y el aburrimiento de los negocios, que el viajero que, despues de una larga peregrinacion, se sumerge en un baño de agua tibia y perfumada.

La escalera de mármol con pasamanos de cedro, conducia directamente á la habitacion de Juana, que era una reduccion, una miniatura de las habitaciones mas elegantes y artísticas de la época de Luis XVI.

El lecho estaba copiado del que tenia María Antonieta en Trianon, las sillas eran tambien de la época, y las telas que cubrian las paredes, de las mas ricas que produce la industria moderna.

Allí habia pasado Juana su primera noche de amor. La historia de Juana era una de tantas historias parisienses.

En cuanto recibió la carta con el importe de los tres meses de pension, comprendiendo que ya no tenia nada que esperar, se consagró al trabajo con una constancia y una fuerza de voluntad superior á sus años.

Era preciso vivir.

¿Pero cómo puede vivir una mujer con su trabajo?

La eleccion de camino era difícil.

Por fin se decidió á entrar de segunda pasanta en

un colegio de la calle de Rocher, cuya directora la señaló cuarenta francos al mes, cantidad superior á la que generalmente se gana en una profesion que tienen que abandonar todas las jóvenes que se consagran á ella sino quieren morir de hambre.

Una mujer del campo gana mas que una de esas infelices á quienes se trata como á criadas, sin serio, y que ocupan un lugar intermedio entre la baja y la alta domesticidad.

Desilusionada de su nueva posicion, no tardó en abandonarla para entrar de institutriz en una casa particular del barrio de Saint-Honoré, en casa del baron de Fontrailles.

Tenia entonces diez y nueve años y gozaba fama, en verdad merecida, de una gran belleza; á su hermosura precisamente debia su entrada en casa del baron de Fontrailles.

Una de las desgracias de la hermosura pobre, es que todas las mujeres del gran mundo temen abrirla las puertas de su casa, por ser generalmente origen de perturbaciones y discordias domésticas.

Pero la baronesa de Fontrailles tenia un pensamiento

Hermosa todavia, y empeñada en aventuras galantes, á pesar de sus cuarenta años, queria compensar la soledad en que dejaba á su marido, dándole una compañera que se la hiciera menos triste.

El plan estaba bien trazado, y tratándose de una

mujer como Juana, no podía menos de tener el éxito apetecido.

No era posible resistir á la influencia de aquellos ojos que, á cierta distancia, hubieran inflamado la pólvora.

Y sucedió lo que debía suceder.

Al cabo de ocho días de vida comun, el baron de Fontrailles, que tenía quince años mas que su mujer, se enamoró perdidamente de Juana, desapareciendo de los paseos, de los teatros, de las reuniones y del Círculo para no separarse un momento de ella.

Todas sus pasiones se fundieron en una sola.

Juana era pobre; él rico; nada se resiste al dinero, y el baron no dudó un solo minuto de su triunfo.

Era cuestion de tiempo.

Juana no parecía haberse fijado en sus atenciones y, si entendía sus palabras de doble sentido, aparentaba no entenderlas, dejando que se perdiesen en el vacío, así como sus miradas de amor.

Cuando el baron, dejándose llevar de su entusiasmo, aventuraba las primeras frases de una declaración, una mirada fría é imponente de Juana le sellaba los labios.

Al lado del hotel del baron de Fontrailles había otro hotel, el hotel de Roger de Ambarés, con vistas al jardín del primero: pero esta vecindad de la juventud y la vejez, que podía haber llamado la aten-

ción de Juana, no influyó en lo mas mínimo en la ciega confianza que tenía el baron en el éxito de su empresa.

La resistencia de Juana, á juicio del baron, no era mas que un recurso estratégico para mejorar las condiciones de la capitulación.

Después de dos meses de sitio, se decidió el baron á intentar un ataque nocturno; pero fué rechazado, á pesar de su valor y de su audacia.

El enemigo durmió en sus posiciones, después de haber rechazado el asalto, sin experimentar la menor pérdida.

Juana dijo al baron lo que debía decirle, sin arranques de cólera, ni gritos de indignación, contestando á las proposiciones de amor con proposiciones de sincera amistad, que fueron aceptadas por el baron, como una promesa de triunfo para lo porvenir.

Pero, desde aquella noche, se modificó ostensiblemente el carácter de Juana, haciéndose, de expansivo que era, triste y sombrío.

—Tarde ó temprano, la había dicho el baron, tendreis que aceptar lo que rechazais ahora y tal vez en peores condiciones, si no os resignais á vegetar en la indigencia, prestándoos á los servicios mas humillantes.

El baron la había dicho la verdad.

Y la experiencia no tardó en demostrárselo.

No era el baron el único hombre que rendía culto

á su hermosura: eran todos los hombres que frecuentaban el hotel Fontrailles.

El sitio abandonado por el baron le renovó un capitán de dragones, Mr. de Estrelles, y y despues un sobrino del baron, que no fué mas afortunado que sus antecesores, por mas que fué mas audaz.

Esta lucha continúa empezó á fatigar á Juana, llevando el desaliento y la duda hasta lo mas íntimo de su alma.

Ya estaba decidida á renunciar á sus funciones y abandonar la casa del baron, cuando un acontecimiento imprevisto la hizo variar de propósito.

Uno de los concurrentes mas asíduos al hotel de Fontrailles era Roger de Ambarés.

Hizo lo que todos y acabó por enamorarse perdidamente de Juana.

Pero escarmentado en cabeza agena, no siguió la táctica de todos.

Juana habia declarado que no sería mas que del hombre que la hiciera su mujer, y por consiguiente, que, siendo pobre, nunca se habia forjado la ilusion de encontrar marido en el hotel del baron de Fontrailles.

Roger, por las confidencias de sus amigos, y especialmente por las del capitán de dragones conocia los sentimientos de Juana, y en vez de lanzarse al asalto como sus antecesores, estableció las líneas de una verdadera y respetuosa amistad, que, al cabo de

algunas semanas, se convirtió en una pasión furiosa.

Roger tenía veinte y nueve años y cien mil libras de renta, con la esperanza de heredar igual cantidad de su abuela.

Nó era un buen mozo en toda la extensión de la palabra; pero era simpático en extremo y no carecia de elegancia y distincion.

Algunas mujeres pretendian que fascinaba con sus miradas; pero Juana se resistió á aquella fascinacion, y Roger lo comprendió instintivamente, y fué gradualmente introduciéndose en su intimidad.

Primero la dijo que se conceptuaría dichoso consagrándole su vida; despues la juró que no se casaría con otra mujer que no fuese ella, en cuanto pudiera vencer las susceptibilidades de su abuela, criada en otros tiempos y con otras ideas.

Todos los dias la escribía una ó dos cartas llenas de amor y de promesas que, dicho sea en honor de la verdad, sentia, porque la hermosura de la criolla le habia trastornado el juicio.

Juana resistió mucho tiempo; pero al fin Roger consiguió llevarla al hotel que habia alquilado para ocultar su ventura, hasta que pudiera hacerla pública, convirtiendo á su querida en su mujer.

Dos años habian trascurrido desde la caída de Juana, y aunque la abuela de Roger estaba ya en mejor vida, los dos amantes no eran todavía esposos.

Siempre que Juana abordaba aquel asunto le contestaba Roger evasivamente.

¿Les faltaba algo para ser dichosos?

A Roger, efectivamente, no le faltaba nada.

Juana, sin embargo, no había dudado hasta entonces de su amante, y no porque el marqués de Presle no le hubiera dado motivo con sus bromas para dudar.

Juana comprendía que el amigo de su amante estaba enamorado de ella; pero estaba tranquila, porque el marqués era un amigo leal y en ningún caso, hubiera tratado de suplantar á Roger, haciendo á su amistad tan cobarde traición.

Pero aquella noche las palabras de Máximo la impresionaron vivamente y sintió la necesidad de despejar de una vez para siempre su situación.

Despidió á su doncella, y una vez sola, se sentó delante de su *secretaire*, le abrió y sacó un legajo de cartas atado con una cinta de terciopelo.

Aquellas cartas eran la historia de su amor.

En una de ellas la decía Ambarés, antes de triunfar de su resistencia:

«No busco en vos una querida, sino una esposa. El lazo del amor no es eterno, como yo lo quiero, si Dios no lo sanciona. Tened confianza en mí. Os empeño mi palabra de honor de no abandonaros nunca y de daros mi nombre en cuanto pueda, no haciéndolo mañana mismo por ahorrarme un disgusto á una

»pobre vieja á quien debo amar y respetar, á pesar de sus preocupaciones y de sus terquedades.»

En otra carta le decía, despues de haber triunfado de su resistencia:

»Ahora que sois mía; ahora que me habeis concedido el supremo bien á que aspiraba: ahora que sois mi esposa ante Dios, os renuevo todas las promesas que os tengo hechas. Dormid tranquila. Sed feliz. Sólomente podrá haber otra noche mas deliciosa para mí que la primera noche que he pasado á vuestrolado; la noche en que pueda llamaros mia delante de todo el mundo.»

—Es preciso que me haya vuelto loca para dudar de Roger, exclamó Juana levantándose y volviendo á encerrar las cartas en el *secretaire*. No me engaña... Es imposible que me engañe... Por miserable que sea un hombre, no puede mentir así.

Un cuarto de hora despues, Juana dormía en paz y era feliz siguiendo el consejo de Roger.

IX.

El abandono

Tambien, al separarse de Juana, parecía Roger triste y contrariado.

Las reflexiones de su amigo le habían puesto en un estado de exasperación que sólo necesitaba un pretexto para estallar.